



LOS MANDATOS
DEL *Rey*

LAURA A. LÓPEZ

Presentación

El Rey Edward III, se encuentra búsqueda de los tres caballeros conocidos como Los Vasallos del Rey, quienes deberán servir a la corona por 20 años y luego serán liberados.

Estos vasallos, deben cumplir con los requerimientos de Nobleza, Lealtad y Valor, dando vida a cada caballero.

-El Vasallo Noble

-El Vasallo Leal

-El Vasallo Valiente.

(Historia corta)

Capítulo 1

Edward III, Rey de Inglaterra, seguía los preceptos de los anteriores reyes. Aquellos preceptos, hablaban sobre la elección de los Vasallos de rey.

Esos vasallos debían ser hombres reconocidos por su nobleza, lealtad y valentía para la defensa de su rey y la corona británica.

Eran elegidos de diversos grupos desde nobles con título, granjeros, simples mozos, hombres de aventura, o conocidos de conocidos. El designio para escogerlos era; según las antiguas creencias, que los escogidos por el mismo Dios, para la protección del Rey aparecerían, ya sea por su cuenta o por los mismos voceros que acompañaban a su Majestad.

El grupo de vasallos anterior había servido durante 20 años a la corona, siendo premiados al darse por terminado su servicio.

—¡Caleb! —llamó el rey a uno de sus voceros.

—Usted ordene su majestad —se presentó el hombre con una rodilla en el suelo y la mano en el pecho, en señal de servicio.

—Debemos iniciar la búsqueda de los tres nuevos vasallos, los puestos no pueden estar vacantes por más de un mes.

—Sí, su majestad —acató el vocero.

—Deben colocar en cada lugar y rincón de Inglaterra el siguiente anuncio:

Su majestad, Edward III Rey de Inglaterra, convoca a la búsqueda de los Vasallos del Rey. Hombres reconocidos por su Nobleza, Lealtad y valor, que deberán prestar servicio a la corona durante 20 años, que serán recompensados con el otorgamiento por su valor y servicio, de los títulos nobiliarios y tierras en los cuales estos hombres, serán los amos.

Su rey, les recuerda su generosidad con este gesto al servicio de fieles. Insta a que demuestren sus habilidades, serán tomados en cuenta todos los hombres, sin importar su posición económica, ni su orientación religiosa, solamente contarán los valores ya citados anteriormente.

Los voceros del rey, serán los encargados de proporcionar los nombres de las personas que lleguen a sus oídos.

El anuncio se extendió por lo largo y ancho del territorio, desde aldeas y pueblos, hasta grandes ciudades.

Los nombres no paraban de llegar a los oídos de los voceros del rey, que tuvieron que armar una lista para colocar aquellos nombres. Luego tuvieron que rehacer la lista, por medio del descarte de algunos, al azar.

Los voceros le entregaron la lista al rey. Edward la tomó y los miró:

—¿Han observado a los hombres de esta lista? —cuestionó.

—Son demasiados, su majestad —respondió Caleb.

—¿De qué me sirven unas simples listas con nombres?! ¡Deben ir y observarlos! Los vasallos del rey no pueden ser cualquiera, deben ser escogidos por Dios y traídos ante mi por medio de ustedes —expresó con enojo.

—Pero... —llegó a pronunciar otro de los voceros.

—¿He escuchado que no lo harán? ¡Soy el Rey, y mis órdenes se cumplen! ¡Salgan y busquen a esos hombres, asegúrense que sean los correctos!

Los voceros tomaron a los soldados del rey, y en comitivas fueron realizando la tediosa búsqueda de tan valiosos caballeros.

La búsqueda de los anteriores vasallos, no había tenido inconvenientes, al parecer se venían tiempos difíciles para Inglaterra, razón por la cual se dificultaba encontrar a los elegidos.

Pasaban por pueblos y aldeas, algunos hombres habían postulado sus nombres o los de sus hijos por simple ambición, cosa que directamente los eliminaba de la lista. Incluso podrían eliminar a los doscientos nombres que quedaban por ese motivo. Generalmente, estos caballeros de gran valía, no andaban anunciando sus nombres, sino estaban escondidos esperando ser encontrados.

—¿Es la comitiva del Rey! —anunció una mujer corriendo por el pueblo, dando la noticia a todo aquel que deseaba saber sobre los vasallos.

—Mi señor, ¿Han encontrado a los vasallos del rey? —cuestionó otra mujer, dirigiéndose al vocero.

—Aun no los hemos hallado. Es lo que nos trae a este pueblo ¿Tienen algún caballero que deseen que observemos?

Los aldeanos, negaron con la cabeza.

—Hay un hombre, mi señor —se acercó la misma mujer colocándose frente a su caballo —, que es reconocido por su inmenso valor, y humildad.

—Ha de decirme entonces, el nombre del caballero, el porqué ha dejado tan buena impresión en ustedes —pronunció el vocero.

—El joven ha impedido que los salteadores se roben los vivieres que son enviados a nuestra aldea. No conocemos el nombre del joven. Solo le decimos bestia, pues no vive aquí, sino se esconde en el bosque, mi esposo lo ha visto, es diestro con la espada y el arco.

El vocero miró a los soldados del rey, y les hizo la seña para avanzar hacia el bosque.

—Mis agradecimiento, señora —murmuró se dirigió tras los soldados al bosque.

La espesura de aquel lugar, haría imposible la búsqueda del joven del que hablaba la mujer, sin embargo, debían hallarlo, al parecer cumplía con los requerimientos de la corona para formar parte del Vasallo Valiente.

En Londres, al contrario de los pueblos y aldeas, no tenían a ningún candidato para ostentar ser uno de los hombres del Rey, eran nobles y acomodados de clase alta.

A oídos del vocero que fue a Londres, no habían llegado nombres de postulantes o alguna

actividad.

En la plaza se estaba a punto de llevar a cabo una ejecución en la horca, por robo.

—¡Que alguien salve a ese muchacho! —gritaba un hombre al ver con la soga en el cuello a un jovencito.

El hombre ve a uno de los voceros del rey y se acerca a él, con presteza.

—¡Mi señor, mi señor! ¡Salve a aquel joven, es inocente! —rogó el hombre.

—Veo que es usted el único que aboga por él, a nuestro rey, no le agradan los saqueadores.

—El no ha robado nada, lo sé, el solo está protegiendo a sus hermanos menores y no los delatará, se culpó por el crimen, lo he visto —explicó el hombre.

—Entonces tenemos a un pequeño joven, leal a su deber de cuidado a sus hermanos —comentó el vocero, observando al joven que mantenía el rostro impassible a la muerte.

Uno de los voceros, había sido invitado a una residencia de la casa de invierno de uno de los Capitanes de marina del Rey, para comentarle acerca de un joven al que conocía con absoluta seguridad.

—Heme aquí, lord Carlise, Capitán de la Marina de su majestad —manifestó el vocero.

—Fue muy amable en acudir a mi llamado. Sé que su majestad está buscando a los vasallos, y he querido postular a un joven con excelentes habilidades y valores.

—Ha despertado mi curiosidad. La búsqueda de estos caballeros, ha sido tediosa y muy frustrante.

—Este joven, no solo sería mi recomendado al rey, sino estaría poniendo mí legado en juego. Mi hijo, ha querido sentirse útil desde siempre, no se parece a sus amigos, nobles llenos de arrogancia, el tiene un corazón de caballero, dispuesto a servir a su rey y mantener la independencia de su país.

—Debo asegurarme que su hijo, sea al que buscamos, milord —replicó el vocero.

—Vayamos al pueblo, el ya debe estar ahí —sonrió el capitán.

Capítulo 2

El vasallo Valiente

Michael Malcovich observaba desde un árbol a los hombres con escudo del rey de Inglaterra.

¿Qué deseaban en aquel bosque tenebroso y solitario?

Fue de árbol en árbol, siguiéndolos para saber lo que querían.

El vocero del rey, solo veía árboles y más árboles, no veía a ningún guerrero, o al menos como él lo imaginaba.

Aun así, continuaron adentrándose en las profundidades del peligroso bosque por lo que Michael decidió frenar su marcha hacia donde estaban los animales salvajes.

—¡Ese camino es peligroso, si fuera ustedes, no lo tomaría! —advirtió desde las alturas.

—¡Mi señor, mire! —señaló uno de los soldados en la altura.

Una sonrisa se colocó en el rostro del vocero, habían dado con él.

—¿Usted es bestia? —preguntó curioso.

El descendió desde la altura hasta colocarse frente al vocero. Los soldados reaccionaron rápidamente al verlo con su arco en espalda y una espada en la cintura.

—¿Quién quiere saberlo? —cuestionó el joven.

—Queremos saber si es usted el caballero que buscamos —respondió con tranquilidad.

Una carcajada salvaje se escapó de Michael al escuchar la palabra caballero.

—Disculpe —dijo intentando calmar su diversión, hacía tiempo que no hablaba con nadie — ¿Está seguro que el bosque es el lugar correcto para buscar a un caballero? Esto no es Londres.

—No busco esa clase de caballeros —sonrió —, estoy buscando a un hombre distinguido por su valor, su lealtad y su nobleza.

—Al menos no dijo fineza —alegó Michael escupiendo a un costado —, pues no he visto a ningún caballero con esas características por este lugar, quizás en el pueblo...

—¿Es usted o no bestia?

—Así me dicen, tal vez por el cabello largo ¿no lo cree?

—Entonces es a quien buscamos —mencionó el vocero sacando un papel con muchas letras para leer y comenzó: *El rey Edward III ha solicitado su servicio a la corona, deberá acompañar al vocero real para ser presentado frente a su majestad para indicarle sus derechos y obligaciones por ser un vasallo del rey...*

—¡Espere un momento! —ordenó Michael —, no iré a ningún lugar.

—No puede elegir... ¿Señor?

—No tengo un nombre —mintió retrocediendo. No quería ir junto al rey, no había cometido

ningún crimen.

—Debe tener uno, díganos cuál es, y acompáñenos —ordenó mirando que se alejaba.

—No he hecho nada malo —manifestó con el ceño fruncido, al ver que los soldados lo rodeaban.

—No estamos aquí porque hayas hecho algo malo, sino porque tus buenas acciones ayudando a otros, te han llevado a ser elegido para servir a tu rey, y de esa forma, a más personas.

Michael seguía incrédulo, no parecía ser un premio, sino un castigo.

El vocero, dio la orden que lo tomaran con un gesto de cabeza, y uno de los soldados tocó el brazo de Michael, quien al segundo, había desenfundando su espada.

—Díganos su nombre, vasallo Valiente —pidió el vocero.

—¡No soy ningún vasallo, soy libre! —gruñó atacando a la guardia real.

—¿Acaso no sabe lo que significa ser un vasallo del rey?! —increpó el vocero — ¡hombres matarían por lo que a usted se le ofrece!

—¡No lo sé, llevo años viviendo solo, no voy a ningún pueblo, ni tengo conocidos! ¡No tengo familia, ni un nombre!

—¡Entonces con más razón, acepta ser el vasallo de rey!

—¡No tengo familia, ni un nombre porque quiero ser libre! —masculló defendiéndose.

—Eres valiente para luchar tú solo contra treinta de nosotros...

—He estado en peores situaciones... —aseguró Michael.

—Entonces seremos pacientes y esperaremos a que te canses, y te llevaremos con nosotros, estos hombres fueron entrenados y poseen mucha resistencia. Tendrías más que ellos si aceptas al rey.

—¡Por qué yo! ¡Quiénes son ustedes para interrumpir mi paz en este bosque!

—¡Porque Dios nos trajo aquí, es el designio! ¡Tú debes luchar por tu rey!

—¡No conozco a ese rey del que me habla, pero puedo ver la tiranía con la que se desenvuelve al obligarme a acudir!

—Baje el arma, y deje que le cuente sobre su trabajo en la corona —intentó nuevamente el vocero calmar al hombre, que era verdaderamente una bestia. Atacaba ferozmente al sentirse acorralado.

Lo más notable que el vocero había visto, era su rasgo aristocrático. Aquellas facciones no eran de un joven pobre, sino de alguien que no aceptó lo que era.

—¿Es usted el bastardo de un aristócrata? —escrutó el hombre disipando la concentración del joven que al escuchar aquello, fue golpeado fuertemente por un soldado.

Arrodillado en el suelo, se levantó a duras penas por el golpe, pero miró al vocero con desprecio por llamarlo bastardo. Sin embargo, nunca podría huir de lo que era, un bastardo abandonado en un orfanato, que huyó al enterarse de quien era su padre y que iría por él, porque su único hijo del matrimonio había muerto, y deseaba que tuviera la educación de un noble para asumir las responsabilidades en el título. Probablemente hasta ese día lo estuviera buscando, por eso seguía

escondido.

—Soy alguien libre —murmuró cansado, pero sin bajar la guardia, lucharía hasta su último aliento para no ir a aquel nido de víboras que era la corte.

—Lo sabía, es un aristócrata —afirmó el vocero.

—¡No me insulte! —intentó Michael atacar al hombre pero los soldados le dieron una paliza que le haría doler los huesos una semana.

Tirado en el suelo, mareado y mirando al cielo cubierto de hojas verdes, seguía sin rendirse de espíritu, pero su cuerpo ya no podía moverse.

—Entonces, Dígame su nombre —pidió nuevamente.

—Michael Malcovich...

—Su nombre real, milord...

—Solo sé que soy el bastardo del marqués de Londonderry, no sé si tengo otro nombre, este es el que me dieron en el orfanato... Michael Malcovich —confesó mientras los soldados lo maniataban para llevárselo frente a su majestad.

—No puedo tratarlo así, pero no me ha dejado opción —replicó el hombre del rey.

—Escaparé en las narices del rey, no le quepa duda —avisó sonriendo —, seré libre nuevamente...

—Si milord, lo que usted diga —se burló, e hizo una seña nuevamente para que se llevaran al joven de unos 16 años.

Capítulo 3

El vasallo Leal

Ricard Harper de 17 años, era el mayor de los hermanos Harper, Emmett y Collins de 9 y 12 años, respectivamente.

Trabajaba como mozo de cuadra en una casa de gente adinerada en Londres para mantener a sus hermanos, quienes no valoraban su esfuerzo y se habían vuelto rateros.

El dinero apenas alcanzaba para que los tres comieran y aun así, había días en los que no comían. Era el responsable por mantener a flote lo que quedaba de su humilde familia de domésticos.

—¿De dónde trajiste esa gallina, Collins? —cuestionó a su hermano, pues no tenían dinero para tal festín.

—Lo tomé de la calle, será nuestro almuerzo —respondió.

—¿Lo robaron, no es cierto? ¿Qué les dije de robar? No es correcto, nuestros padres volverían a morir si lo supieran.

—¡Pero no tenemos nada, Richard, y tenemos hambre! —confesó su pequeño hermano Emmett.

—Lo sé, hago lo posible por ganar un poco más, mañana iré a estibar la mudanza de mis patrones, y tendré un adicional.

—¿Y cuánto crees que durará tu adicional? —preguntó su pretencioso hermano, Collins.

—Es lo de menos, si es dinero honesto. Y tu Collins, deberías ir viendo donde trabajar, ya tienes 12 años.

—Estoy bien así.

Richard podía ver que a su hermano, muy poco le interesaba la honestidad, sino obtener recursos a toda costa, y era su culpa por no poder atenderlo.

Si sus hermanos eran deshonestos, era por su causa, estaba muy ocupado para ver que hacían en su tiempo libre.

El día de la estiba, los hermanos de Richard, fueron secretamente tras él.

Observaban las lujosas pertenencias que su hermano como un burro de carga llevaba a cuestras, mientras la dama iba tras él con pequeño secreter.

—Estoy seguro que ahí hay joyas. —murmuró Collins —, es nuestra oportunidad de llevárnoslas y venderlas.

—Pero Richard...

—Observa a Richard, Emmett, nuestro hermano es un lacayo pusilánime que nos mantiene en la miseria y ahora, mira el secreter de esa dama, aquella debe tener muchas más joyas, estas no le harán daño si se pierden.

La mujer metió el secreter en el carruaje y luego volvió a la mansión.

—¡Es nuestra oportunidad, Emmett! —alertó Collins, pidiendo a su pequeño hermano que fuera a meter la mano en el carruaje.

Richard fue tras la dama a seguir bajando cosas para ponerlas en una carreta.

El pequeño Emmett, obedeció a Collins y abrió el secreter sacando unos collares y luego se echó a correr hacia su hermano.

—¡Mira que son valiosas! —masculló Collins al tocar las joyas.

—Vámonos, no quiero que nos vea Richard —dijo el pequeño.

Ambos salieron corriendo de aquel lugar, luego de haber hurtado las pertenencias de la patrona de su hermano mayor.

Richard había vuelto exhausto a su pequeña casa de dos habitaciones y sorprendió a sus hermanos con las joyas.

Las tomó con rabia y le apuntó a Collins.

—¿Cómo fueron capaces de robar joyas?! —reclamó nervioso —¿A quién se lo robaron?

—Richard, Collins dijo...

—¡Cállate Emmett! Las encontramos en la calle —mintió.

—¡No me tomes por tonto! —exclamó golpeándolo —¡Iremos a devolver esto!

—¿Por qué ellos pueden tener estos lujos mientras nosotros pasamos hambre?! —increpó Collins.

—¡Porque ellos nacieron en cuna de oro y tu no, ni yo y menos Emmett!

—¡Es injusto!

—La vida es injusta muchas veces, pero a algunos les toca más esforzarse que a otros.

Emmett lloraba al ver a sus hermanos pelear.

—¡No seas llorón Emmett! —reclamó Collins.

—Le robamos a tu patrona, lady Sarah —confesó el pequeño.

—¿Cómo pudieron, ella me paga y es honesta!

—¡Te paga una miseria, mientras ella tiene joyas ostentosas!

—Ese no es nuestro problema, yo trabajo allí, ¿con qué cara la miraría? Llevaré las joyas...

Collins cruzó los brazos enojado porque se llevaban su botín.

La puerta fue golpeada con violencia.

Richard se acercó a abrir, y era lady Sarah con la autoridad y otro mozo que trabajaba con él.

—Fueron ellos lady Sarah —señaló el mozo que los había visto y sabía que eran hermanos de Richard.

—Lléveselos oficial —ordenó lady Sarah — ¡jamás lo pensé de ti, Richard, tan honesto que parecías!

Richard devolvió las joyas a la dama, mientras los oficiales tomaban a sus hermanos.

—¡Pequeños ladrones, se les cortarán los dedos para que no aprendan a robar!

—¡No! —exclamó Richard —, soy el que lo planeó todo, mis hermanos fueron presionados para hacerlo —mintió Richard.

Lady Sarah se retiró indignada de aquel lugar, mientras el mozo negaba con la cabeza, pues sabía que no era verdad.

—Entonces, ¿sabe que usted irá a la horca? —consultó uno de los oficiales.

—Lo sé —dijo mirando a sus hermanos —, Collins, cuida a Emett.

—¡Richard! —lloró Emett abrazando a su hermano que era llevado por los hombres, mientras Collins se arrepentía de haber robado.

—Mañana será la ejecución en la plaza pública, ha sido pillado con las joyas, por lo que no se iniciará un proceso para decir que es inocente —comentó uno de los oficiales.

Lo metieron a una carruaje con rejas, y lo llevaron hasta las celdas.

Sentado y esperando su destino en aquel lugar frío y solitario, pensó en que lo hacía por amor a sus hermanos, había prometido a sus padres cuidarlos, pero no pudo cumplir con su promesa.

Por la mañana, el día nublado lo ponía aun peor, estaba al borde de la muerte, y hasta el clima parecía recordárselo.

Le colocaron la soga en el cuello, y leyeron su delito en voz alta.

Cuando sacaran la silla que lo sostenía, aquello sería todo.

Retiraron la silla, y su cuello no se soltó. Seguía luchando por su vida.

—¡Por órdenes de su majestad, ordenó que se suspenda esta ejecución! —pronunció una voz con fuerza.

Con una espada, un soldado del rey cortó la soga, cayendo Richard al suelo pudiendo respirar.

—¡Ese hombre ha sido elegido para servir a su majestad como su vasallo Leal! —anunció el vocero.

Los curiosos asistentes, no paraban de murmurar que aquel hombre sería un caballero de confianza del rey, era un simple ladrón.

Richard estaba muy confundido, seguía mareado por la falta de aire, y más con aquello que el rey lo llamaba.

Los soldados llevaron a Richard frente al vocero.

—El mismo Dios te ha elegido por tu lealtad, a través de mí para servir a tu rey. Tienes también los valores de la nobleza y el valor, dime tu nombre, vasallo Leal —pidió el vocero.

—Richard Harper.

—Deberá acompañarme y presentarse ante su majestad. Le leeré el mandato...

—Mis... Hermanos...

—Es mejor que se aleje de esas pequeñas sabandijas.

—No puedo dejarlos. No tienen a nadie más.

—No se preocupe, irán a la corte para ser entrenado como soldados. Ahora le leeré...

El vocero no pudo terminar, pues aquel vasallo quedó inconsciente.

—Llévenlo al carruaje, y a sus hermanos también —ordenó —, hemos encontrado lo que vinimos a buscar.

Capítulo 4

El vasallo Noble

Lord Cédric Collingwood, un joven amable y de cuna noble, es hijo del conde de Exeter.

Educado por uno de los mejores perceptores, e instruido en varias artes como el esgrima, la pintura, la música.

Altamente competitivo para un futuro brillante. Sin embargo, el joven Cédric, prefería el trabajo social, algo que nunca su padre refutó, pero no aceptaba del todo.

El corazón de Cédric era muy bondadoso, por lo que la gente un futuro tendría tendencias para aprovecharse de su generosidad. Con solo 16 años, no alcanzaba a dimensionar la implicancia de la buena voluntad.

Aquel día, había salido a buscar, él mismo, comida para las personas necesitadas que conoció en un pueblo cuando estaba cabalgando y decidió salirse de los límites de las tierras de su padre.

Cazó varios patos, y se llevó frutas de sus tierras, al igual que pescó para proveer de peces. Con varias bolsas colgando de su espalda, subió al caballo, y emprendió el camino hasta ahí.

Era solitario. No se le conocían amigos, pues se pasaba estudiando todo lo que sus padres ordenaban. Deseaban que fuera un caballero en toda su ley.

Sin embargo, había observado a varios caballeros, parecían egoístas y en las conversaciones en las que estaba presente, hablaban de las personas como si fueran objetos.

—¿No le parece que ese hombre es un desalmado, padre? —cuestionó Cédric señalando con la cabeza una vez que se alejaron.

—Cédric, debes comprender que no todo es bondad. Soy capitán de su majestad, no por gusto, sino porque me lo ordenaron. Las guerras son difíciles y ahí no existe la piedad. Deberías conocer el mundo tal cual es.

—Pero usted es bondadoso, padre. De lo contrario, no me hubiera dado dinero para que ayude a los demás.

—Es para limpiar mi consciencia. He matado a más, de los que he podido ayudar —sonrió su padre con pena.

—¿Usted no ha defendido su tierra en nombre de nuestro rey? Si lo hizo, entonces ha salvado a muchos más, de los que ha matado.

—No lo había visto de esa forma.

—¿He de tener yo, una forma de servir como la suya? Escuché que el rey busca a los vasallos que defenderán a nuestra Inglaterra.

—¿Quieres ser un vasallo del rey? Tú no lo necesitas.

—Quiero ayudar a más personas.

—Cédric, los vasallos son quienes van al frente de batalla.

—¿Cree que no sé que la muerte es una opción?

—Eres mi único hijo.

—Pues confíe, padre. Soy muy disciplinado y valor no me falta.

—Si es lo que deseas...

—Si eso traerá un bien mayor, lo haré.

—¡Ahí viene lord Collingwood! —exclamó, una mujer, emocionada.

Aquel grito, hizo que Cédric olvidara su conversación con su padre y sonriera ante la bienvenida.

—¡Buen día, mis queridos amigos! —saludó efusivo a los que se reunieron a su alrededor. — He traído víveres para ustedes, espero sepan compartir.

Las humildes familias se arrojaban sobre las bolsas llenas que apenas cargaban el joven heredero, y su pobre corcel.

—Lord Cédric ¿Hoy va a enseñarnos la esgrima? —preguntó un joven de su misma edad, pero no con sus mismas posibilidades.

—No he traído el arma, Craig.

—¡Podemos usar las ramas de los árboles! —replicó animado.

—Es una excelente idea. Ve y llama a los que quieran aprender, yo se los mostraré.

El joven corrió para avisarles a sus amigos y a todos los interesados que el Cédric Collingwood les mostraría la disciplina de los nobles.

La algarabía se apoderó del pequeño pueblo al que ayudaba con frecuencia.

El carruaje de lord Carlise se acercaba al pueblo junto con el vocero del rey.

—Describe honrosamente las cualidades de su hijo —opinó el vocero mirando al capitán.

—Me llena de orgullo y a la vez de miedo. Es mi único hijo.

—Si lo veo que el joven es el elegido, le aseguro que sobrevivirá. Son muy pocos los vasallos que han muerto, y quienes murieron, lo hicieron por salvar a los otros.

—Conociendo a Cédric, es capaz de colocarse frente a cualquier espada si lo cree conveniente.

—Tan virtuoso como merece ser servidor —aludió el vocero.

—¡Viene un carruaje, con una comitiva del rey! —anunció uno de los jóvenes que estaba practicando esgrima con un palo, con ayuda de Cédric.

El vocero vio al joven aristócrata, metido entre la miseria jugando con aquellos jóvenes de su misma edad.

El vocero bajó de carruaje y se acercó a ellos.

—¿Por qué le enseña a estos jóvenes, lord Cédric Collingwood? —cuestionó.

—Porque desean aprender. Ávidos de conocimiento, esperan que cada temporada me acerque y comparta mis conocimientos con ellos.

—Si su padre ha pagado por su educación ¿por qué la desperdicia con estos miserables?

Cédric con el ceño fruncido, impactado por su pasividad hacia los demás, respondió:

—¿Quién soy para negar lo que se ha otorgado sin pedir? He decidido compartir lo que se me ha dado en demasía, y que esta humilde gente, no tendría posibilidad de obtener y ni siquiera conocer. La luz del conocimiento hay que expandirla ¿por qué guardarla de manera egoísta, como si solo uno debiera poseerla?

El padre de Cédric se coloca al lado de vocero.

—Una última pregunta, milord —alegó el vocero —, ¿Cuánto espera avanzar con estas personas? ¿A dónde cree que llegará? No estoy seguro que le devuelvan el favor que usted les hace.

—No vengo aquí buscando ser alabado, y mucho menos que se postren ante mí —contestó —, con el permiso de mi padre, quise brindar mis conocimientos y habilidades para el bien común.

—Pues que su generosidad no se acabe nunca, vasallo noble —declaró el enviado del rey —, por órdenes de su majestad, usted deberá acompañarnos para entrenarse y convertirse en uno de los vasallos del rey. Otros jóvenes con sus mismos valores.

Cédric le sonrió a su padre.

—Debía probar si serías uno de ellos —confesó su padre.

—No lo defraudaré, padre.

—Nunca lo haces.

—¿Y qué sucederá con nosotros, lord Collingwood? —preguntó uno de los niños.

El ve volteó le acarició los cabellos.

—No los voy a abandonar, prometo volver y será como el dueño de estas tierras, siempre los cuidaré.

El pequeño pueblo escuchó la promesa de Cédric, con la esperanza de en un futuro vivir tranquilos bajo las alas del vasallo noble.

Capítulo 5

Michael, atado, estaba siendo llevado hasta uno de los grandes salones del castillo del rey Edward.

Al entrar, se encontró con un joven vestido de mozo, que miraba por la ventana, las extensas planicies del rey.

Se giró hacia Michael, que fue sentado contra su voluntad en una silla para luego atarle el pie.

—Sé bienvenido —se alegró Richard al verlo. Estaba solo desde muy temprano en aquel lugar.

—¿De verdad me da la bienvenida? —indicó levantando sus manos y pies atados, para que viera lo bien que la estaba pasando.

—Lo siento. Entonces eres el vasallo valiente —afirmó viéndolo.

—¡Soy libre, no soy ningún vasallo!

—Escuché que los soldados se quejaban de que el aristócrata vasallo valiente, era muy quisquilloso.

Michael prefirió guardar silencio. Al hacerlo, pudo escuchar el alarido de varias damas que veían a un carruaje llegar.

Richard, en su curiosidad, también se acercó a la ventana para ver.

—¿Quieres que te cuente lo que veo? —le preguntó agradable a Michael.

—No. No me quedará mucho tiempo, apenas me libre de estas ataduras, escaparé, y tu también deberías hacerlo.

—No lo haría, el rey me salvó la vida y estoy agradecido.

—¡Bazofias! Suéltame y te ayudaré a ser libre.

—La libertad no me ha traído nada bueno, sino casi la muerte.

—¡¿Y ahora qué piensas?! ¿Qué no morirás? ¡Los vasallos son guerreros del rey! —gruñó Michael lleno de rabia.

—Pagaré mi buena fortuna, y la de mis hermanos, con mi servicio. Tengo por quienes luchar. En cambio tú, no tienes porque hacerlo. Careces de un objetivo en la vida.

—Ser libre, es mi único objetivo... —resumió con calmadas palabras.

Richard dirigió su mirada al carruaje que paraba frente al castillo.

Un joven de piel de porcelana, ojos verdes, cabello negro, elegante e inmaculado, con su vestimenta de aristócrata, miraba todo a su alrededor mientras las damas de la corte le ofrecían desde flores, hasta pañuelos.

—¡Qué chillonas! —masculló Michael, refiriéndose a las mujeres que estaban alteradas.

—Es de esperarse, el vasallo noble ha llegado —rio burlón.

—¿Y qué tiene de especial?

—Es un ángel, tiene gracia, atractivo, inteligencia, dinero, un corazón de oro, un padre que lo apoya firmemente y también tiene la voluntad de esas damas.

—Mujeres ¡Bah! Son como cigarras hiriendo mis tímpanos.

—La envidia no es una buena consejera —alegó Richard sentándose al lado de Michael para esperar al último joven.

—Michael... —dijo presentándose.

—Richard —también se presentó —, es un placer.

Cédric entraba sobre una alfombra roja en el castillo del rey, mientras su padre lo seguía.

—Milord —lo llamó una joven de la corte —. Hemos escuchado de sus hazañas y su corazón, queremos hacerle este regalo —se arrodilló la dama, colocando una canasta en lo alto de su cabeza.

El tomó la canasta y se la dio a su padre, luego tomó a la joven de su mano y la levantó.

—No soy nadie para que se postre ante mí, con gran alegría y humildad, acepto el presente que me ofrece.

—Gracias, milord —dijo la emocionada joven, volviendo junto a las demás, en medio de reverencias.

—Tan joven y ya enamoraste a las damas, Cédric —invocó sus padre.

—Son muy agradables —concedió —, ¿cree usted que el rey me dejará hacer mis lecturas?

—Creo que tiene planes para ti, y tus libros son claves.

El conde se quedó en un sitio, viendo como los soldados, escoltaban a su hijo para llevarlo junto a los demás vasallos.

—Pase milord —pidió un soldado abriendo la puerta.

Cédric sonrió al ver a los otros dos, tendría amigos.

—¿Es esa la estrella que brillaba? —se burló Michael preguntándole a Richard.

—Es un placer conocerlo —saludó Richard tendiéndole la mano a Cédric, que no conocía sobre esos tratamientos expresivos —, no le haga caso a Michael, soy Richard.

—Es un placer conocerlos, caballeros —agachó la cabeza hacia ambos.

—¿Caballeros? Richard es un ladrón que no robó, y yo soy un alma libre, de caballeros, no tenemos nada.

—Vaya sinceridad, me tiene sorprendido que hable con tanta soltura, en términos poco ortodoxos.

—¿De dónde sacaron a este? —preguntó Michael mirando a Richard. Que solo se hizo del desentendido moviendo los hombros.

—¿Por qué lo mantienen cautivo? —cuestionó Cédric.

—Por seguridad —afirmó Richard, ante la abrasiva visión de Michael.

—Voy a liberarlo.

—¡Por fin alguien inteligente aquí! —exclamó aliviado, Michael.

—No es recomendable hacerlo, han dicho que era violento.

—¿Vasallo leal? Patrañas. Es un chismoso —acusó Michael librándose de las ataduras. Y luego corrió hacia la ventana para huir —, gracias ¿Cómo era tu nombre? No lo sé, ni me importa. Me caíste bien los segundos que te conocí ¡Ah! Y deja que ser tan noble, pareces tonto.

—Dije que no era buena idea —advirtió Richard.

Cédric se acercó a Michael que iba a saltar.

—La nobleza no es síntoma de estupidez, es dar la confianza que uno merece.

—No creo en lo que profesas, los aristócratas no tienen nada bueno en su corazón.

—Eres uno, tuve la fortuna de que me amaran y no me abandonaran en un orfanato, como a ti. Pero, tienes la oportunidad de ser diferente y dejar de huir.

—Soy libre.

—Tu cuerpo puede ser libre, pero tu alma esta esclavizada por tus prejuicios. Vete si deseas un alma esclavizada en un cuerpo libre. Salta si es lo que deseas.

Michael amagó saltar y luego miró a Cédric.

Estuvo unos minutos en ese juego entre tirarse y no hacerlo.

—¡Maldición! —gruñó Michael —¡ya entiendo porque tienes a todos a tus pies!

Luego tomó a Cédric del cuello.

—Me quedaré solo con la condición de que me hagas libre de alma.

—Lo haría si dejaras la violencia mal dirigida.

Se alejó y se volvió a sentar tomando el agua que tenía en frente.

—¿Ya estamos en paz? —preguntó Richard sentándose.

—Nunca hubo una guerra para una guerra o discusión se necesita más de uno, y el estaba solo —sonrió Cédric sentándose justo a los dos.

La puerta se abrió. El rey Edward estaba frente a ellos.

—Ustedes han sido elegidos —disertó el rey—. Los elegidos que lucharán cada batalla por 20 años de sus vidas dedicados al servicio soberano y de su pueblo. Estarán por sobre cualquier hombre que esté bajo mi poderío.

Los soldados del rey entraron con tres hombres con espadas.

—Estos son los últimos vasallos del rey que acabaron de dejar el servicio y han obtenido su recompensa —comunicó.

Los vasallos se veían autoritarios, imponentes e imperturbables.

—Estos vasallos los entrenarán por tres meses antes de partir a su primera guardia. Empezaran

con quien comparta sus mismas virtudes.

El rey miró a uno de ellos y le pidió dar un paso al frente.

—Valiente, acércate —pidió el rey señalando a Michael, pero este no hacía caso.

—¡Acérquese Michael Malcovich! ¿Cómo osa desplantar una orden real? —reclamó el anterior vasallo Valiente, amenazándolo con su espada.

—Vine obligado, y por Cédric me quedaré —respondió levantándose, pero el vasallo lo toma del cabello y lo levanta.

—Tu pelo largo, servirá para educarte, arrodíllate —ordenó postrándolo en el piso.

Michael ardido y cargado de rabia prefirió morderse la lengua y esperar.

El anterior vasallo leal se colocó al frente.

—Acércate, se me hace que es más juicioso, Leal —invitó el antiguo vasallo.

Richard se acercó y se arrodilló como pidió.

—Estoy agradecido y mi servicio será la paga que recibiré por haber sido perdonado.

Agachó la cabeza esperando el siguiente paso.

El antecesor de Cédric, solo levantó la mano y el nuevo vasallo noble, se arrodilló y postró.

—Al servicio —afirmó, Cédric, contento.

—Este joven me llenará de orgullo —profesó el vasallo Noble, colocando su espada en la cabeza de Cédric.

Los otros dos vasallos también lo hicieron.

—El mismo Dios lo ha dicho, quien no aprende a servir, no sirve para la vida. Repitan esta promesa vasallos —ordenó el rey — *“Dios me resguarda, y yo resguardaré los valores que se me han concedido para servir. Valor, lealtad y nobleza, quien las posea, será invencible”* *“¡Dios salve al rey!”*

Los seis hombres repitieron aquellas palabras.

Los antiguos vasallos entregaron sus espadas a los nuevos portadores.

—Sean bienvenidos mis vasallos. No piensen en el sufrimiento, piensen en la recompensa —recomendó el rey bendiciendo a cada uno —¡Vayan a celebrar, les espera un gran banquete Los antiguos vasallos se retiraron tras la salida del rey. A los mismos se les otorgaría su libertad y su paga por aquellos años de servicio.

—¿Cuántas vidas cegó esta espada? —indagó Michael.

—Creo que muchas —respondió Richard.

—Y nosotros sumaremos 20 años de muerte, en nombre de nuestro rey y nuestra tierra. Que Dios se apiade de nuestras almas —rogó Cédric.

—Serán 20 años de batallas, derrotas y glorias —pensó Richard, pensando en que no vería a sus hermanos por ese tiempo.

—Cédric, tienes 20 años para enseñarme la libertad.

—Estas en la puerta de ella. Ustedes tienes 20 años para demostrarme el valor y la lealtad.

Los tres rieron por lo bajo, esperando que el futuro, a pesar de las batallas que tendrían, les sonriera de manera positiva.

Los tres meses habían pasado, y ellos estaban listos para partir a su primera misión y esperar volver sanos y salvos de cada batalla que comandarían.

Al salir los tres vasallos del castillo, se habían terminado cumpliendo, los mandatos del rey.

Esta historia continuará...

Las próximas historias serán.

—***Leal***

—***Noble***

—***Valiente Una trilogía que te llevará a conocer un poco más a cada personaje después de una vida de batallas y lo difícil que será integrarse nuevamente después de 20 años a una sociedad donde serán aceptados por sus títulos, pero asediados por su pasado.***